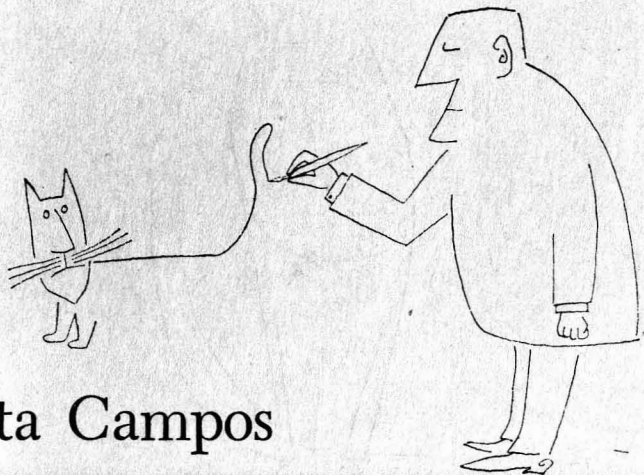




Julieta Campos

Los gatos

Celina y yo estuvimos casados trece años. No es que yo crea en supersticiones. Sé que el número trece es un número como cualquier otro. Hasta tiene algún atractivo peculiar. Pero el hecho es que nuestro matrimonio duró trece años y eso basta para que no pueda evitar darle a esa cifra algún sentido cabalístico o verla, cuando pienso en ella (en la cifra o en Celina), rodeada de algo sombrío y hasta podría decir misterioso o alucinante. Y sin embargo no se trata de nada concreto. O habría que explicar más bien cómo, al empezar ese año trece de nuestra unión (digo *ese* porque hoy precisamente ya ha pasado, porque hoy es el día después de ayer, que fue el último de nuestros trece años de casados, hoy es el primer día en que no estamos casados, en que yo vuelvo a estar solo), todo lo que había pasado en los doce años anteriores empezó a encontrar un lugar en un conjunto distinto, que sólo entonces se perfiló, un todo que tomó para mí el aspecto acabado e indudable de algo que ya era, que había madurado, que culminaría en un lapso que no podría pasar de ese año y que luego desaparecería del todo. Ahora que lo veo desde aquí, desde este día en que me he puesto a escribir lo que ha pasado, porque no puedo hacer otra cosa, me parece que todo estuvo muy claro desde un principio (desde el principio de ese año) y que, desde el momento a que me refiero y que no podría determinar con mayor exactitud, supe con toda precisión y seguridad lo que habría de ocurrir, cómo y cuándo habría de ocurrir.

No sé por dónde empezar. Tampoco sé si tuve la culpa. Lo curioso es que, al mismo tiempo que empecé a tener una conciencia mucho más clara de las cosas que podían ocurrir (y que ocurrían) comencé a perder toda noción del bien y del mal y, sobre todo, de mi responsabilidad en el curso de los acontecimientos o de esa extraña sensación de peso y extrañeza que primero se fue cuajando poco a poco y después llegué a dejar de percibir. Yo y Celina y los gatos empezamos a ser como fichas de un juego manejado infaliblemente por un jugador diabólico que, estoy casi seguro, podría ser el mismo demonio. En seguida vuelvo a releer esto que he escrito y me parece bastante insólito. Quiero decir que no es algo que yo, normalmente, hubiera pensado. Porque debo confesar que no he creído en Dios desde hace mucho tiempo y tampoco, hasta ahora (¿desde cuándo ahora?), en el diablo. Y debo decir también que siempre he sido un hombre práctico y eso que suele llamarse un hombre de éxito.

Soy médico. Soy, para ser más preciso, un médico famoso, un cirujano muy conocido y muy competente. Hasta ayer por lo menos. Y si no fuera porque ahora han dejado de importarme muchas cosas, me halagaría seguramente imaginar que lo que ha ocurrido podría llegar a rodearme de cierto prestigio espectacular o, para decirlo más claramente, podría añadirme la seducción que tienen, con las mujeres, por supuesto, los personajes que no es fácil localizar pero que forman parte de ciertas oscuras situaciones ambiguas.

Cuando me casé con Celina yo había hecho una pequeña fortuna. Mi padre fue abogado modesto y no me dejó ni mucho dinero ni demasiadas relaciones. Pero yo siempre tuve un talento innato para despertar confianza en los demás y una simpatía que es sumamente favorable en una profesión como la mía. Además, tengo una intuición rara para el diagnóstico y manos de una sutileza y una finura que me envidian casi todos mis colegas. Tengo verdaderas manos de cirujano. Me gustaba pensar que había nacido predispuesto para dedicar mi vida a salvar las vidas de los demás. Puedo jurar que nunca pensé en otra

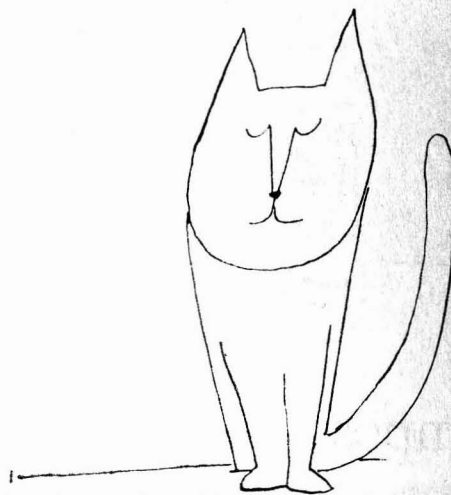
cosa ni me sedujo jamás la idea de lastimar a nadie, ni de hacer daño alguno, ni he sido infiel al juramento que guardo en mi consultorio y que no he dejado de leer ni un solo día de mi vida profesional. No digo esto para justificarme, sino porque es la verdad y porque no puedo dejar de apreciar el contraste inexplicable de todos estos rasgos de mi personalidad con esa otra parte de mí mismo que nunca había conocido, que empezó a manifestarse después de varios años de casado, y que sólo puedo explicarme a través de Celina, en la medida que empezamos a ser tan parecidos el uno al otro.

A Celina la conocí en una fiesta. Entonces yo empezaba mi carrera y, a pesar de que trabajaba mucho, en el hospital y en el consultorio, y visitando a mis enfermos, buscaba el tiempo para asistir a esas reuniones sociales porque me parecían muy útiles para extender mi clientela. La familia de mi madre me facilitaba ciertos contactos convenientes y el acceso a círculos elegantes. Ese ambiente había ejercido siempre sobre mí, además, una curiosa seducción. Las primeras invitaciones me abrieron muchas puertas y pronto fui uno de los infalibles. Poco a poco, a medida que se extendía mi fama de buen internista y mejor cirujano, penetré en círculos más exclusivos y menos numerosos, pero ya entonces podía darme ese lujo, porque mi clientela estaba hecha. No estoy seguro, pero me parece que había cierta voluptuosidad entre los motivos de quienes me convertían en asiduo de sus reuniones. Una voluptuosidad que consistía en hacerme partícipe de esos derroches de despreocupación y frivolidad, a mí que les había operado un pequeño tumor en algún órgano delicado o que conocía mejor que nadie una incipiente debilidad pulmonar o los síntomas más o menos avanzados de una de esas enfermedades transitorias que no suelen confesarse. Pero debo reconocer que entonces estaba muy lejano de percibirlo y me dejaba contagiar de la manera más ingenua y entusiasta por la alegría de la música ruidosa y el vértigo del baile que se iniciaba más o menos a la mitad de la fiesta, o aun más tarde, de modo que muchas veces tenía que interrumpirlo por la llamada inoportuna de algún enfermo aprensivo.

Desde donde estoy, en este departamento de un sexto piso con vista al mar (porque hace esquina, el mar está apenas a dos cuadras y no hay, entre mi edificio y el mar, ninguna otra construcción elevada) y a la avenida, que tanto me gusta, con doble fila de palmeras en el centro, todo lo que estoy contando me parece muy lejano y bastante ajeno, como si hablara con otra persona de cosas sucedidas a un conocido mutuo. En realidad todo le pasó a alguien que ya no soy yo aunque, para quienes me conocieron entonces, sigo siendo el mismo de antes, el mismo de siempre, el muchacho cándido y un poco arrivista convertido en médico sólido de quien podían depender, en quien era posible confiar y ahora, cuando se corra la noticia, pensarán en mí con compasión, con simpatía, como si yo no tuviera nada que ver en lo sucedido, como si fuera, en una palabra, la verdadera víctima. Hay una parte de las cosas que les daría la razón. Pero también hay otra parte. Porque, ¿cómo negar que en un momento dado dejé de ser víctima para convertirme en cómplice y por ello, de una extraña manera, en victimario?

No sé por qué me resulta imposible contar lo que debo, sin caer continuamente en estas disquisiciones. Quizá porque es la primera vez que soy capaz de verlo todo desde afuera, porque, después de todo, lo que sucedió ayer me ha liberado de algo y necesito encontrarle un orden a todo este desorden, poner

Dibujos de Steinberg



palabras, muchas palabras entre lo que pueda ser yo hoy, ahora, y la incoherencia.

Aquí vivo desde hace tiempo. Hace tres años. O quizá cuatro. Vivo aquí desde que me separé de Celina. Entonces ocupé definitivamente este lugar que me había servido de estudio, para aislarme un poco cuando Celina tenía la casa siempre llena de gente cada vez más desconocida y yo empecé a preferir la soledad y que me sirvió después para poner más de la mitad de la ciudad entre su cuarto, adormecido siempre en la extraña luz verdosa que hacían las cortinas, con el sol, cuando ella dormía y el sitio, cualquier sitio, donde yo estuviera.

Podría jurar que no fui yo quien busqué la separación. Yo, es la verdad, quise a Celina. Cuando la conocí, ella era muy joven. No tenía, probablemente, más de dieciséis años. Nunca supe de qué color tenía los ojos. ¿Por qué he pensado ahora en el color de los ojos de Celina? Era un color indeciso, que cambiaba mucho con la luz. Pero sería incapaz de situarlos con seguridad dentro del verde o del castaño. Indudablemente tenían un pigmento amarillo, que se mezclaba con otros dos o tres colores dentro de esa gama, de modo que prevalecía un brillo semejante al de algunos cuerpos que sólo reflejan la luz pero que parecen despedir luz propia. No siempre, por supuesto. Pero después me di cuenta de que ella sabía colocarse de tal manera que la luz ambiente favoreciera esa sensación. Nunca pude comprobarlo, pero sé que lo había estudiado muchas horas, con un espejo delante, y por esa curiosidad malsana que tenía hacia sí misma, curiosidad que la hacía deleitarse indefinidamente observando la textura de un pequeño fragmento de su piel, los vellos menudísimos que le nacían en los dedos, las rayas, como arrugas, que se entrecruzaban en el dorso de la mano, las uñas, las manos. Celina tenía predilección por sus manos. Yo le decía con frecuencia, con una cursilería que seguramente la hacía sonreír por dentro (siempre tuve la impresión de que a veces se reía así, para ella misma, sin que nada la traicionara, salvo un brillo un poco distinto en los ojos), le decía yo que si hubiera sido pintor le habría hecho un retrato donde se destacaran, con una luz casi violenta, sus dos manos entrelazadas. Porque yo también adoraba las manos de Celina y creo que era imposible estar a su lado sin fijarse en seguida en ellas. Celina no se pintaba nunca las uñas, pero se las cuidaba con una devoción casi maniática, para lo cual tenía un *polissoir* y un arsenal muy completo de tijeritas y de pinzas. Yo le decía, también en broma, que parecían, en diminuto, los instrumentos de un cirujano. Con un lápiz blanco, acentuaba por dentro el blanco de la parte exterior de la uña y, después que había terminado la larga operación cotidiana, se aplicaba un brillo transparente que resaltaba el color natural. Podría decir que tenía las manos largas, los dedos prolongados en un óvalo suave y perfecto, o que esas manos tenían algo aristocrático y distante, como si no hubieran sido hechas para ser tocadas ni para acariciar sino para saludar desde lejos a las multitudes, desde balcones inaccesibles o automóviles abiertos e inabordables, pero decir todo esto no tiene nada que ver con lo esencial de las manos de Celina.

Me pregunto por qué, en la situación en que me encuentro, se me ha ocurrido por primera vez en mi vida tratar de ponerles a las cosas este límite de las palabras y pienso que, al escribirlas, lo que ha sucedido empieza a significar algo, por primera vez. Hace un momento evoqué, en relación con esto, dos palabras: desorden, incoherencia. Ahora podría añadir otra: des-

integración. Algo que era muy claro, muy luminoso, se ha dispersado. Y siento un impulso incontrolable que me obliga a cercar esa dispersión, a fijarla (quiero engañarme y pensar que para siempre).

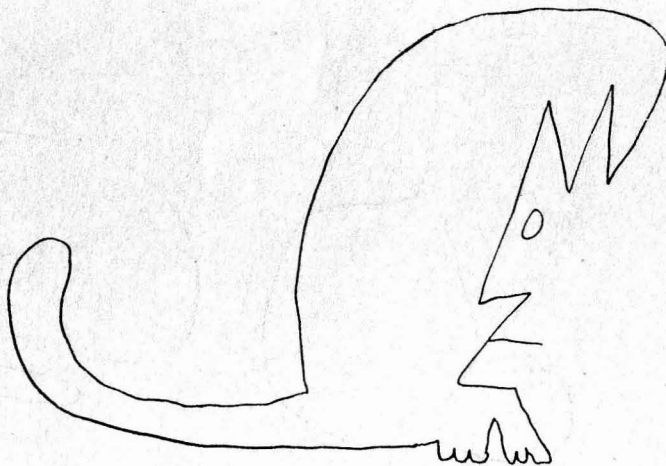
Desde anoche no he sentido necesidad de dormir. Cuando volví aquí me senté en un sillón frente a la ventana. He fumado una cajetilla y media de cigarros. Y en un momento dado, hace aproximadamente tres cuartos de hora (hace como hora y media que empezó a amanecer) dejé el sillón y vine a sentarme en el escritorio, tomé la pluma y varios pliegos que siempre han estado aquí porque no es aquí donde doy mi consulta y jamás los había necesitado para nada, y empecé a escribir esto como si tuviera que agotar de repente una lucidez acumulada durante largo tiempo.

Lo curioso es que no he sentido ningún horror. No he sentido tampoco ningún remordimiento. Lo que ha pasado no es sino la culminación natural de un proceso que llevaba ese fin en sí mismo y que nada ni nadie habría podido modificar.

Aquel día que la vi por primera vez, Celina estaba vestida de lila. Después supe que ése era su color favorito y que casi todo lo que usaba tenía algún detalle de ese color, con diversos matices e intensidades, del palo de rosa al morado. En el primer año de nuestro matrimonio la hice pintar con ese vestido y ése es el retrato que me traje aquí, a mi estudio, cuando me instalé definitivamente. Ahora le doy la espalda, mientras escribo, pero no necesito mirarlo porque lo conozco muy bien, casi diría que milímetro a milímetro, de memoria. El pintor, uno de esos artistas académicos que se ponen en boga, no hizo lo que yo hubiera hecho, no le destacó las manos, pero logró, sorprendentemente, darle al retrato una luz que tiene algo singular y que yo percibí desde que lo vi por primera vez. Esa luz del retrato irradia de los ojos de Celina y lo atrae a uno hacia un más adentro, un más allá del cuadro, una interioridad que no es perturbadora sino fresca, tenue y apacible. Celina era así entonces. ¿Lo era? Sí. Celina fue mientras vivimos en nuestro primer departamento, a dos cuadras de aquí (¡qué raro! hasta ahora no me había dado cuenta), cuando no veíamos a casi nadie, ella me esperaba por las noches, siempre despierta, y nos amábamos de una manera elemental y apasionada.

Siempre tuve la obsesión de hacerla retratar. Cada año era un pintor distinto, un vestido distinto, un escenario distinto. Pero resultaba inútil. Celina se fue ausentando progresivamente de sus retratos y, en los dos últimos, lo que yo llamaría el alma de Celina había desaparecido completamente. Eso fue en el sexto año de nuestro matrimonio. Era igual que si Celina se hubiera muerto.

Entonces me preguntaba yo continuamente cómo había pasado. Fue un proceso lento pero infalible. Al principio Celina era alegre, con una alegría que no conocía su propia negación, que era completa en sí misma y no necesitaba del presentimiento de su posible falta para ser. Nunca he visto a nadie ser alegre de la manera en que lo era Celina. Celina ha sido todo lo que ha sido de esa misma manera. Con una intensidad agotadora, exhaustiva, implacable. (En este momento me dan ganas de abrazarla.) Cada vez, ser como era en ese momento, que podía durar meses o años, o apenas unas semanas, era su único fin, al que se adhería profundamente, desde algo arraigado como una roca dentro de ella, algo duro y perfecto.



Duro y perfecto. Quizá eso es lo que era Celina: algo duro y perfecto. ¿Y cómo algo así puede desvanecerse?

Una noche volvíamos de una reunión. Celina me había dado la impresión, toda la noche, de estar radiante, en una euforia que no me sorprendía porque era su estado de ánimo de entonces y yo pensaba que esa felicidad desbordada iba a durar siempre. Cuando entramos en el departamento yo tarareaba una canción. Dejé las llaves sobre el aparador, me quité el saco y entré en el baño, despreocupado, como si estuviera solo, tan seguro estaba de esa armonía incommovible que había entre nosotros. Cuando volví a la sala, quitándome probablemente la corbata (sé que estos detalles no importan; que, además, es imposible recordarlos después de todo el tiempo que ha pasado, pero no sé por qué siento que es necesario restablecer algo, colocando los incidentes más pequeños o más nimios en su lugar debido, con el menor margen posible de equivocación), bueno, repito, cuando volví a entrar en la sala deshaciéndome el nudo de la corbata, me senté frente a Celina estirando perezosamente las piernas.

—¿Por qué me dejaste sola? Tuve miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—No sé. No sé muy bien. De pronto sentí que iba a pasarme algo. ¿Cómo pudiste dejarme sola?

Me miró extrañada, como si esa extrañeza fuera mucho más definida que el miedo que decía haber sentido apenas hacía un instante.

—Tuve miedo de morirme.

Traté de tomarlo a broma. ¿Morirse? ¿A su edad? (Celina seguía siendo para mí casi una niña.) ¿Cómo podía ocurrírsele semejante cosa? ¿No quería que tomáramos una copa? ¿La última? Después nos iríamos a acostar y, le di a entender, yo le haría el amor y se le pasaría el miedo.

Celina sonrió apenas. Los hombres, me dijo con reticencia, creen que con eso lo resuelven todo. Por primera vez, frente a Celina, me sentí perdido (después, sentirme perdido empezó a ser una situación natural). Celina me miraba y (es curioso cómo uno descubre inesperadamente las cosas más obvias), comprendí que yo estaba sentado en un sillón fumando un cigarrillo. Porque, mientras tanto, por disfrazar mi incomodidad, había tomado un cigarrillo de la cajita de plata que una paciente me había regalado, que me gustaba mucho y que estaba, por eso, al lado de mi sillón favorito; que está ahora aquí, al lado del mismo sillón, y me da la rara tentación de ir a sentarme precisamente en ese lugar y ponerme a fumar. Pero, ¿qué me pasa? ¿Por qué esta incapacidad para concentrarme, para no apartarme del hilo de los hechos? Los hechos parecen escapárseme de las manos, deshacerse. Los hechos se desmoronan y necesito apoyarme en los gestos, en una que otra palabra recordada, en la memoria de las cosas que me rodeaban para apuntar lo ocurrido, porque estoy a punto de pensar que no ha sucedido nada y que, si ahora me levantara de aquí, bajara las escaleras, me metiera en mi automóvil y manejara hasta la casa de Celina, me la encontraría, como siempre a esta hora, dormida en su cuarto cerrado, vigilada por los gatos.

Vuelvo a aquel instante. Me di cuenta de que yo, que estaba sentado en un sillón, fumando, era una persona, me llamaba Carlos Manuel y tenía un apellido, y que esa persona que era

yo estaba completamente separada de esa otra persona que era Celina.

Y sentí un alivio. Lo peor fue que sentí un alivio. Y comprendí, con una lucidez que sólo se tiene por casualidad, como si lo visitara a uno el espíritu (yo mismo me sorprende de estas expresiones, pero no puedo evitarlas), que Celina había sentido precisamente lo mismo y, para ella, esa sensación no había sido un alivio sino el miedo que la había hecho creerse, de repente, en peligro de muerte.

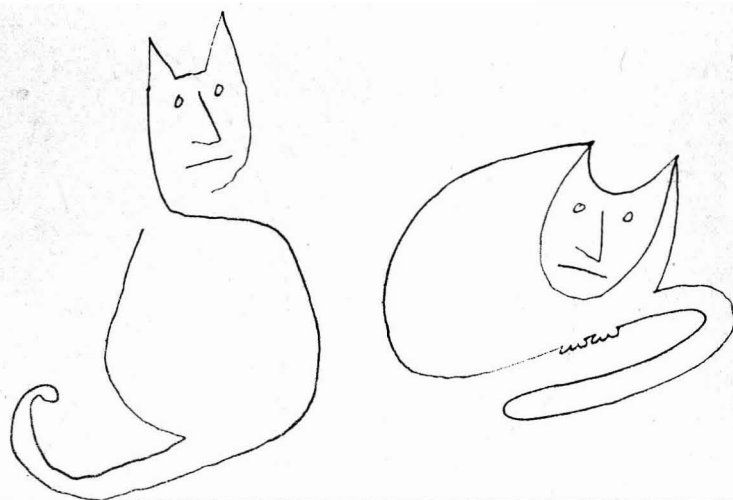
—¿Por qué no me quieres como yo quisiera? ¿Por qué te resistes? Yo lo necesito mucho. ¡Tengo tan poco tiempo! Si me dejaras...

Desde esa noche empezó el duelo. Celina me necesitaba. Pero me necesitaba como parte de ella. Tenía que incorporarme como si yo fuera una de sus manos, o uno de sus pulmones. Me necesitaba para respirar, para vivir. Celina necesitaba un intermediario. Alguien que le permitiera relacionarse indirectamente con el mundo, sin exponerse demasiado. Al principio yo me dejé envolver. Era un juego fascinante.

Y además me halagaba. No puedo negarlo. Me complacía dejarla hacer y prestarme a ella, permitirle que utilizara todo lo que yo hacía para compensar su inactividad, dejarle que manejara mis horas y mis ocupaciones como si fueran suyas. Esto llegó a ser tan indispensable para mí como para ella, y cuando yo iba en mi automóvil a ver a mis enfermos, o entraba en la sala de operaciones, me parecía que Celina me acompañaba, que no me había separado de ella, como si se hubiera asimilado tanto a mi idiosincrasia que ya formara parte, realmente, de mí mismo. Porque Celina no me obligaba a dedicarle excesivamente mi tiempo, quitándoselo a mi trabajo, sino que se las arreglaba para ser en todo momento parte de ese tiempo. Participaba tanto de mis casos, de la historia de mis pacientes, que conocía tan bien como yo, estaba tan enterada del empleo de mi tiempo que compartía, de la manera más literal, lo que era mi vida fuera de la casa. Fue una especie de intoxicación. Llegó el momento en que yo no podía pasarme sin eso. No era ella, sino yo, quien la llamaba por teléfono a cada rato, para cerciorarme de que estaba en la casa, esperándome. Prefería que no saliera, que no se dedicara a nada, que no se interesara sino en mí, que no leyera siquiera los periódicos. Yo disfrutaba secretamente el ocio de Celina. Entonces ella empezó a manejar su fantasía. Quiso intervenir más directamente, obligarme a ver menos a algún paciente que le desagradaba, hacerme faltar a determinadas citas o renunciar a un caso que prometía ser interesante. Todo eso lo hacía inocentemente, pero con la misma decisión que ponía en todo aquello donde concentraba su voluntad. Porque ésa era la fuerza de Celina: la pasión con que era capaz de defender su debilidad. Ésa era la dureza de Celina. Y su perfección. Y cuando aparentemente esa intensidad, esa dureza y esa perfección se desvanecieron fue, al contrario, para dirigirse despiadadamente hacia ella misma, que fue en lo sucesivo su única meta.

Poner en orden todo lo de entonces sería muy difícil. Debo conformarme con estos fragmentos. Las cosas tenían algo de vértigo y, a la vez, el tiempo parecía totalmente disponible, infinitamente abierto a nuestro capricho.

A mí me gustaba mucho nuestro departamento de aquella época. Era sencillo, con pocos muebles, pero todo de buen gusto. En cada rincón había lo indispensable, una cómoda con



una lámpara o un sillón ancho y confortable. No sobraba nada. Era un departamento lujoso, con piso de mármol y grandes ventanas que daban al mar, pero todo era sobrio y parecía cumplir una función. Las cortinas eran claras y transparentes, para dejar pasar la luz y despertarme temprano.

¡Qué distinto aquel lugar de la casa que compramos después! O, mejor dicho, que compró Celina, con su propio dinero, como si desde ahí quisiera excluirme.

Porque entonces, cuando nos mudamos a la casa, ya Celina había empezado a alejarse de mí. Es verdad que yo me interesaba cada vez más en mi carrera y me pesaba esa especie de doble mío, o sombra, que era Celina. Pero yo dejaba que las cosas siguieran su curso, nunca las hubiera forzado. Yo nunca le dije nada.

Simplemente, quizás, era algo en mi manera de hablarle, algo demasiado cuidadoso, que pretendía encubrir un deseo más profundo de mantenerme alejado, al margen, a salvo. La gente suele decir, es casi un lugar común, que las parejas acaban por parecerse físicamente después de muchos años de casados. A mí antes me daba risa. No lo creía. Era una de tantas tonterías que todo el mundo repite por inercia y a la vez por complacencia, sabiendo que no tienen sentido. Y de repente personas que no nos conocían nos preguntaban si éramos hermanos o, si nos acababan de presentar, nos decían con un aire malicioso y divertido que cómo era posible, que si éramos marido y mujer, que debíamos querernos mucho y otras cosas por el estilo. No eran los detalles, no eran los rasgos. Era una asimilación de los gestos del uno por el otro. Y lo curioso es que era yo quien reproducía (sin intención, por supuesto) el tono, la sonrisa, las palabras de Celina. Para mí, cuando me di cuenta, fue comprobar un reblandecimiento de mi personalidad o, para decirlo tal como entonces lo vi, un afeminamiento. Me miraba en el espejo tratando de espiar un brillo de los ojos semejante al brillo que tenían los ojos de Celina, de sorprender en mi manera de mantener los labios cerrados el esguince que hacían las comisuras de los labios de Celina, un poco dirigidos naturalmente hacia arriba sin necesidad de la ayuda del lápiz labial. Y me reía, me reía yo solo frente al espejo, o abría los ojos con asombro, o simulaba disgusto, todo ello como suponía que lo hacía Celina para ver hasta qué punto, hasta dónde nos estábamos pareciendo. Esto ahora me parece ridículo. Entonces era una obsesión que no me dejaba en paz. Tenía que evitarla, que verla menos, que hacerla ir sola a los lugares donde antes yo nunca faltaba, y tenía que hacerlo sin que ella se diera cuenta, sin despertar ninguna suspicacia. Debo decir que en todo siguió habiendo una inocencia elemental, por parte de Celina, una candidez ingenua que no era fingida, sino que era parte de ella misma, un desconocimiento de todo lo que pudiera haber de turbio o hasta de terrible en su conducta, como pasa con algunos niños crueles.

Entonces llegaba yo furtivamente a la casa, cuando suponía que ella no estaba, hacía lo imposible por comer afuera y me llenaba de compromisos más o menos profesionales al acabar mi consulta, para llegar después de medianoche, temiendo y deseando a la vez encontrarme con sus reproches y su ira. Pero inútilmente, porque Celina no me reprochaba nada, no me preguntaba nada, hacía como si nada le importara, como si yo mismo le preocupara cada vez menos.

Desde hace un rato está lloviendo. No me había dado cuenta. Acabo de asomarme a la ventana. Lluve bastante fuerte

y es realmente extraño que hasta ahora no hubiera oído la lluvia. El cielo está muy bajo, de ese gris oscuro que parece azul. Truenos. Debe ser la primera vez porque no podía dejar de oír un ruido tan fuerte. Desde que empezó a ponerse oscuro encendí la luz, sin pensar que siempre, cuando se pone así de oscuro, es porque va a llover. Luego de repente se apagó. Por eso me asomé a la ventana. Acabo de ver el reloj y son las tres de la tarde. Las tres de la tarde. ¡Cuántas horas han pasado! No he comido nada. No tengo hambre. Ya casi no me quedan cigarrillos.

Ha vuelto la luz. Si no, con esta tarde tan cerrada, no podría escribir, no vería lo que estoy escribiendo. Hay veces que la luz tarda tanto tiempo sin... Una vez me pasó mientras operaba. Y en el hospital no había planta. Fue un mal rato. Me parece estar viendo a Celina aquella tarde.

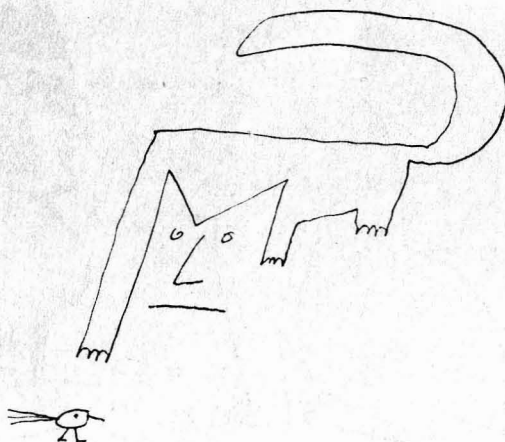
La verdad es que me hace muchas ilusiones. Llevábamos un mes en la casa nueva. Ella quiso dar una gran fiesta para inaugurarla. Invitó a muchísima gente. Hasta hizo venir a una orquesta. Yo no participé para nada en los preparativos. No la había visto en todo el día. Cuando llegué, a las siete, estaba todavía claro. Era uno de esos días de verano muy largos, en que a las seis o siete sale la luna en un cielo pálido y a las ocho el cielo no ha cambiado todavía de color. Hacía mucha brisa. Parecía una tarde dispuesta a propósito para hacer una fiesta. Me acuerdo que en el momento de abrir la puerta pensé qué sucedería si me había equivocado, si no fuera ese día, si al entrar no hubiera flores, ni ruidos de vajilla, ni conversaciones un poco escandalosas en la cocina. Yo abriría la puerta y Celina estaría bajando la escalera, vestida de lila, con el pelo muy corto peinado hacia atrás, cayendo en una onda muy pronunciada sobre la mejilla izquierda. La volvería a ver como la primera vez. Nada había cambiado. Ella me besaría y hablaría poco. Me llevaría de la mano por toda la casa, me enseñaría la mesa, me haría entrar en la cocina, me obligaría a subir de prisa a cambiarme. Me diría: "¡Qué bueno que llegaste a tiempo! Ya no vas a llegar tarde nunca ¿verdad?"

Las luces ya estaban encendidas cuando entré, aunque afuera no hubiera oscurecido. Creo que no me había fijado hasta entonces en que la casa era suntuosa. En ese momento me sentí complacido. Casi como si yo la hubiera escogido y la hubiera comprado, para regalársela a Celina envuelta en celofán.

Celina salía de su cuarto cuando yo empecé a subir las escaleras. No estaba vestida de lila, sino de ese color crudo que tiene la seda china. Creo que de eso era su vestido. No llevaba ni siquiera un collar de perlas. El pelo, sí, tal como me lo había imaginado. Nunca la había visto tan deslumbrante. Cuando se cruzó conmigo en la escalera me dijo:

—¡Qué sorpresa! ¿No tenías consulta hoy?

Bajaba tan de prisa que no me dio tiempo de contestarle. Yo, en cambio, empecé entonces a subir muy despacio los escalones, deseando que la escalera no se acabara nunca. Había dejado todo impregnado de su perfume. Nunca he sentido ese perfume en ninguna otra mujer. Ayer, cuando entré en su cuarto, volví a reconocerlo después de tanto tiempo. Una vez, en una revista de modas que me encontré en alguna parte, vi el nombre del perfume de Celina con unas palabras que leí varias veces para no olvidarlas: "El Chipre, perfume femenino por excelencia, se extrae del musgo de encina, una especie de líquen." Pero no era el perfume, no era eso. Era que necesitaba darme tiempo



para recordar de otra manera las palabras de Celina, para darles un tono menos agresivamente indiferente, para asimilarlas casi a las palabras que yo había imaginado. Cuando acabé de vestirme lo había logrado prácticamente. No me conformaba a que me estropeará la noche. Bajé y saludé a los primeros invitados. Me sentía desvuelto y capaz de dejarme estimular, sin ningún límite, por el alcohol, la conversación y las mujeres.

Caminé al azar, siempre con una copa en la mano, sin fijarme en ninguna parte, hablando con algunos amigos, diciendo cosas amables a las señoras, pero sin deseo de quedarme mucho tiempo en un solo lugar. Salí a la terraza. Ya era de noche. Por el parque de enfrente paseaban algunas parejas y el aire era muy agradable. Un barco iba entrando a la bahía. No podía distinguir a la gente apoyada en cubierta, porque estaba profusamente iluminado y las luces borran con su resplandor todo lo demás. La imagen de ese barco lleno de luces era frecuente a esa hora, pero aquel día, entre las copas, el rumor de la gente y la sensación de irresponsabilidad que me daba la fiesta, me sugirió algo más que otras veces, lo que me insinuaban los barcos de niño, un deseo de irme a cualquier parte —no sé por qué pensaba siempre en la Columbia Británica— de ser un pasajero eterno en uno de esos barcos todos blancos y luminosos. Una muchacha me sacó a bailar. Después de eso no paré en toda la noche. Fue un torbellino. No recuerdo con quiénes estuve, pero sé que bailé hasta el final y ni una sola vez con Celina. Tampoco la busqué. La veía de lejos, bailando con otros, y me complacía acariciar la idea de que, aunque todos la desearan, yo era el único que podría hacerle el amor después de la fiesta, cuando la casa estuviera vacía.

Creo que la gente empezó a irse a las dos de la madrugada. Al final quedaban unos cuantos íntimos. Yo subí a mi cuarto y no volví a bajar, con lo cual acabaron por irse como a la media hora, a pesar de la insistencia de Celina que pretendía retenerlos. Me puse lentamente la pijama y la bata y entré en su cuarto. Ella, al contrario, se había cambiado de prisa, ya estaba acostada y había apagado la luz. Me acosté a su lado, le acaricié el cuello y esperé. Ella no se movió. Pero yo estaba decidido. Me acerqué más y la besé largamente en la espalda. Celina me dejó acariciarla sin ningún gesto, como si estuviera en otra parte. Después, de repente, respondió con una violencia que yo, en ese momento, confundí con apasionamiento, para comprender después que era una manera de rechazo y agresión. Encendí un cigarro y pensé acabar de fumarlo antes de irme a mi cuarto, cuando Celina habló como si hubiera preparado desde siempre lo que me iba a decir:

—No sé cómo he podido... De todos modos, será la última vez.

—¿La última vez? ¿Qué te pasa? ¿Por qué dices esto? ¿La última vez de qué?

—Ya no lo puedo soportar. Tú no me quieres. Y además... Pero eso ya no importa. Simplemente me molesta. Tú me molestas. Quiero estar sola. Vete.

Yo me fui a mi cuarto y dormí profundamente hasta cerca de las doce del día. La modorra del alcohol no me dejó pensar mucho rato en lo que me había dicho Celina, ni podía por eso mismo, aunque lo hubiera querido, darle demasiada importancia. Cuando me levanté, ella había salido. Ese día yo no tenía nada que hacer por la mañana, pero después de bañarme y vestirme, me fui al consultorio. Entonces se me ocurrió que

necesitaba un lugar para mí solo, para cuando no quisiera estar en la casa. Pero no hice nada todavía. Casi se me había olvidado lo de Celina o no, más bien me acordaba, pero me parecía que me lo había dicho hacía mucho tiempo y que tan pronto la viera me hablaría normalmente, con la frialdad que ya era de costumbre, pero sin más, como todos los días.

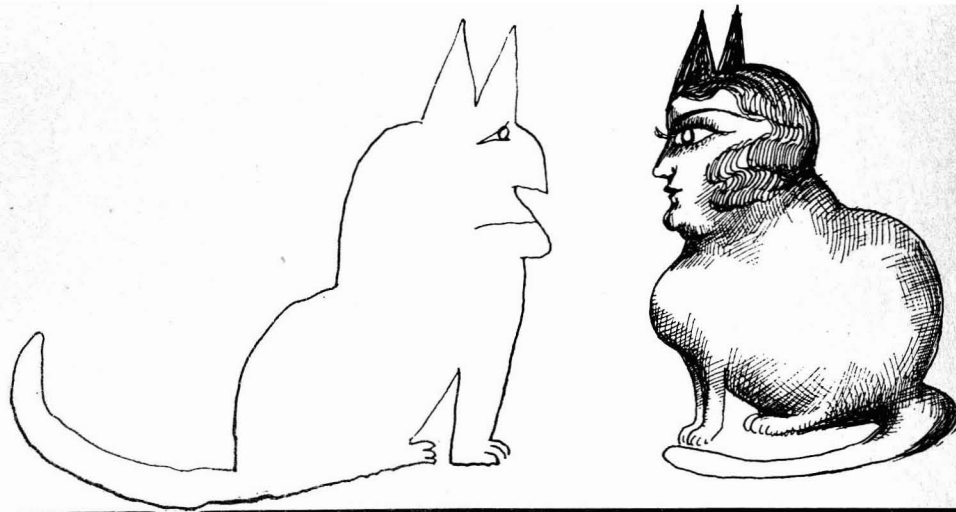
Volví a la casa muy tarde y Celina no había regresado. Dejé entreabierta la puerta de mi cuarto, para oír la entrar cuando llegara, pero debo haberme dormido en seguida porque no supe a qué hora volvió.

Al día siguiente nos encontramos en la mesa para desayunar y Celina me trató como yo lo había imaginado. Eso me tranquilizó. No había pasado nada. ¡Dios mío! ¿Cómo podía conocer tan mal a Celina?

Aquella fiesta sólo fue la primera. Después vinieron otras. Celina daba una cada quince días, cada semana, hasta que llegó a reunir gente en la casa dos o tres veces por semana. No sé si los invitados eran siempre los mismos. Creo que eso era lo de menos. Simplemente, Celina no podía estar sola, necesitaba que el ruido y los amigos la acompañaran todos los días hasta muy tarde y, cuando no había nada en la casa, tenía siempre algo que hacer afuera. Yo, después de las primeras veces, no volví. Fue entonces cuando busqué este departamento donde podía aislarme y me hice el propósito de tener constantemente compromisos ineludibles, para no presentarme nunca. Cualquiera hubiera dicho que yo me buscaba los motivos para sentir celos de Celina. Es posible. La verdad es que pronto empezó a ser una obsesión el preguntarme si Celina tenía un amante. Yo no la buscaba nunca, porque me parecía estar oyendo sus palabras de aquella noche y ella, las pocas veces que nos veíamos, actuaba como si esa manera extraña de vivir fuera lo más natural del mundo. Me hablaba de cuando en cuando de sus reuniones, de alguno de sus invitados, de lo mucho que se divertía (todo esto siempre por la mañana, a la hora del desayuno), pero nunca me preguntaba por qué yo no iba. La posibilidad de que Celina tuviera un amante se fue desvaneciendo. Yo, ocasionalmente, tenía pequeñas aventuras que no duraban mucho. Me acomodaba al cambio en nuestras relaciones y llegué a pensar que, en un momento dado, a todos los matrimonios les sucedía lo mismo, que había que pasar por distintas fases, de cercanía y de separación (apenas pensaba ya en mi supuesto parecido con Celina), y que las cosas durarían así indefinidamente, dándole a nuestro matrimonio cierta estabilidad aunque se basara, paradójicamente, en nuestro alejamiento progresivo.

Todo esto duró unos meses, no muchos, no sé cuántos. Hasta que un día, sin más, las fiestas se acabaron. Durante algún tiempo, todavía, el teléfono sonó con insistencia. Los más asiduos llamaban a Celina, extrañados de no recibir ninguna invitación. Luego, poco a poco, se fueron aburriendo. Lo sé porque en ese tiempo yo procuraba pasar ratos largos en la casa, como si esperara que ocurriera algo, aunque esos ratos los pasara solo en mi cuarto y Celina sola, en el suyo. Uno de esos días, cuando dormía la siesta, me despertaron unos ruidos molestos que al principio no pude identificar. Luego comprendí que movían muebles de un lado para otro, que subían y bajaban las escaleras.

Cuando entré en el cuarto de Celina todo estaba en desorden, la ropa por el suelo, o sobre las sillas, los zapatos encima de



los muebles, y éstos, los nuevos, todavía dispersos, lejos de las paredes, sin haber sido colocados en los lugares previstos. Había muchos más, me dije, de los que podían caber normalmente en aquel cuarto. Hasta yo, que no sé nada de estilos, podía distinguir que eran muebles Imperio. Entonces vi por primera vez a Lydia.

Lydia se movía entre aquel desorden como si fuera capaz de convertirlo inmediatamente en orden, en un orden que adquiriría en seguida el sello de lo definitivo. Esta impresión que me dio entonces, que me ha dado siempre, tiene que ver con la manera que tiene Lydia de andar excepcionalmente derecha, con su uniforme blanco impecable, sus medias color crudo, gruesas, que le tapan completamente las piernas, sus zapatos de medio corte con tacón militar, su pelo estirado en un moño muy pequeño detrás de la cabeza, pero sobre todo en el gesto dominante, el acento cortante de su español mal pronunciado, sin hacer ningún esfuerzo por hablarlo bien, todo lo cual se desprende de ella como los signos exteriores de una institución inmovible, que está segura de representar. Curiosamente, esa vocación de Lydia por un orden aparente sirvió para apoyar, o quizás aun favorecer la implantación indudable de un elemento de descomposición en el ámbito cada vez más cerrado de Celina.

Cuando Celina me vio, inclinó levemente la cabeza señalando a la criada y me dijo:

—Es Lydia.

Y en seguida completó, como una condescendencia:

—Lydia me cuidó cuando era niña. Se había ido a Jamaica, a ver a su familia. Ahora ya no volverá a dejarme. ¿Verdad, Lydia?

La mujer no contestó. Miró a Celina como si fuera su pequeño cachorro y yo, un intruso, se la hubiera arrebatado. Seguramente con ternura, pero también con algo terriblemente posesivo y dominante. Recuerdo cuánto me molestó descubrir que le hablaba de tú a Celina, y lo impotente que me sentí para obligarla a cambiar el tratamiento.

Celina me preguntó si me gustaban sus muebles. Le dije que sí, pero en el fondo sentí que me producían una molestia peculiar, que no hubiera sabido poner en palabras y que entendí mejor algunos días después, cuando volví a entrar allí con el pretexto de buscar un alfiler de corbata que se me había perdido y que, expliqué con torpeza infantil, tenía en la mano cuando el cuarto estaba en el desorden del cambio.

Una gran alfombra negra, con guirnalda de flores enormes, rosas rojas y follaje verde, con un fleco blanco alrededor, cubría casi todo el suelo. A pesar de que el exquisito chaise-longue color perla, colocado frente a la ventana, me hizo pensar en el famoso retrato de Madame Recamier, y me imaginé a Celina recostada allí, con una túnica y una sonrisa displicente, disfrazada quizás de Paulina Bonaparte, no me dieron ganas de reírme. No exageraría mucho si dijera que casi me dio un escalofrío. Tuve la impresión de contemplar la representación de una pieza mala y sofisticada pero, sin embargo, trágica.

La imagen que tengo de ese cuarto es la de aquel día. Como si lo hubiera retratado con una parte de mi memoria donde sólo se guardan algunas cosas, muy especiales, que algún día sin duda necesitaré para algo.

Estoy seguro de que los mismos muebles, en otra parte, me habrían producido un efecto muy distinto. No todos eran del

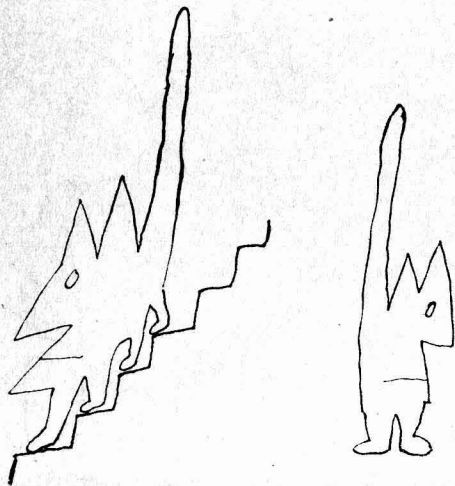
mismo color, pero predominaba un tono miel oscuro. Había un escritorio muy sobrio, con las patas altas y delgadas y una sola larga gaveta estrecha con jaladeras en forma de coronas de laurel. Había pequeñas consolas recubiertas de mármol blanco, negro y rosa con vetas blancas, con filos dorados y es-finges aladas en las patas y sillas redondeadas, con patas como garras y la cama, muy semejante al chaise-longue de la ventana, con un dosel oscuro, del mismo color de las cortinas. La ventana tenía también unos visillos blancos pero aquel día, y yo creo que siempre, las gruesas cortinas verdes estaban casi cerradas sobre los visillos y la luz del sol, por muy fuerte que estuviera, se convertía en una penumbra verde, que se iba haciendo casi sombría a medida que pasaba el día y caía la tarde.

Tengo la sensación de haber visto un cuarto semejante, amueblado como el cuarto de Celina, pero en otra parte, con una frescura y una claridad que allí no volvió a haber nunca desde que entraron esos muebles. No sé. Seguramente no. Creo que sólo lo vi en la imaginación, al mismo tiempo que entré allí, cuando ya todo estaba arreglado, la segunda vez, y me encontré con esa luz peculiar que, como si resumiera todo lo demás, recuerdo con esta fidelidad incómoda, con esta persistencia que me acosa desde entonces, a pesar de mis deseos de olvidarme de todo, de olvidarme de esa luz enfermiza, mortecina, del olor a encierro que muy pronto se mezcló con el olor de los gatos, de la figura de Celina siempre metida en la cama, como si estuviera enferma, de la limpieza exagerada que hubo allí en un principio y de la suciedad que se fue introduciendo luego, poco a poco, cuando Celina consiguió a base de ruegos e insistencia, que Lydia no hiciera la limpieza diariamente para evitar que el polvo le diera asma (aunque me consta que nunca, en el tiempo que yo la conocí, padeció de ninguna afección semejante). Mis deseos de olvidar que hasta ahora no he podido satisfacer. Mis deseos de no volver a saber ya nunca, en lo sucesivo, que estaba allí el paravent chino, tan absurdo al lado de aquellos muebles, ni los marfiles que desde niña le había regalado su padre, ni las tres conchas con sus perlas adentro, metidas en un bloque de cristal, ni ese enorme cuadro tan estridente, tan fuera de lugar, que parecía salirse de la pared, siempre a punto de caer-sele a uno encima, ese cuadro que también había heredado, de las tres mujeres con mantilla, asomadas a un palco en una corrida de toros, de un pintor español que se llama Romero de Torres.

He vuelto a asomarme a la ventana. Sigue lloviendo. Ya es completamente de noche. Han pasado casi veinticuatro horas. Hace viento. A la altura de las luces de los automóviles, la lluvia es arrastrada por el viento.

Quiero olvidar y sin embargo no puedo pensar en otra cosa. No puedo pensar todavía en otra cosa. Quizá cuando haya acabado de decirlo todo...

Al principio Celina seguía saliendo, aunque siempre con retraso, como por ejemplo, quince minutos antes de las seis de la tarde, para ir a alguna tienda, cuando sabía perfectamente que las tiendas cerraban a las seis. Lydia la acompañaba. Después acabó por suspender esas salidas inútiles (digo inútiles porque nunca servían al propósito que se les pretendía dar), y se encerró en su cuarto ya sin ningún disimulo. Algunas veces, cada vez menos, una amiga iba a verla por la tarde, cuando Celina empezaba apenas a almorzar (porque se despertaba, para desayunar, entre las doce y la una), y Lydia entraba entonces



con otra bandeja, trayendo alguna merienda para la visitante. Aunque yo estaba, una que otra vez, en mi cuarto a esa hora, nunca oí de qué hablaba Celina con sus amigas, porque nunca se quedaba ya abierta la puerta del baño que separaba nuestras habitaciones.

No sé cómo consiguió Celina a los gatos. Quizás se le ocurrió a Lydia, o a alguna de las amigas que todavía iban a verla, como una manera de proporcionarle un entretenimiento. Quizás le trajeron uno, o dos, y luego ella se aficionó. Puede que entonces haya hecho que Lydia buscara anuncios en los periódicos, o los pusiera, solicitando gatos de tales o cuales características. Todo esto lo supongo, pero no lo sé a ciencia cierta. Sólo sé que nunca había tenido animales, desde que yo la conocí, ni había mostrado un gusto o una seducción especial por ellos. Y, sin embargo, llegó a tener en su cuarto casi una docena de gatos.

Los gatos eran de angora, persas, siameses, no puedo precisarlos, pero no hay duda de que eran gatos finísimos. Grises y blancos y uno solo de color miel, semejante al color de los muebles, aunque ligeramente más claro. Me doy cuenta de que digo eran como si con eso pudiera borrarlos definitivamente del mundo, como de mi memoria. ¿Pero acaso bastan las palabras?

Los gatos vivían en las sillas, en la alfombra, en la cama de Celina. Lydia los sacaba a determinadas horas, varias veces la vi, pero si uno se paraba en la puerta (creo que no volví a entrar nunca allí dentro), tenía que hacer un esfuerzo para no tragarse, con la respiración, el olor inconfundible de los gatos.

Y, a pesar de todo, yo no podía dejar de detenerme en la puerta todas las tardes. Era la única hora, del día y de la noche, en que veía a Celina. Le preguntaba cómo se sentía, si necesitaba algo y me iba. Nunca, por supuesto, me pidió ella ni yo le sugerí que fuera a verla otro médico ni yo, jamás, la examiné como tal, ni ella lo habría aceptado, ni había para qué, puesto que siempre estuve seguro de que Celina no tenía ninguna enfermedad que yo, ni médico alguno, pudiera curarle.

Celina, acabé por comprenderlo, se encontraba de una manera primitiva, infantil y extraña en los gatos. Se identificaba con ellos. Se dejaba seducir por algo que los gatos encarnaban, volvían sólido y constantemente presente. Alguien que no hubiera sido yo, que no hubiera estado tan comprometido, tan ligado, alguien que hubiera tenido quizá un poco más de imaginación, digamos un espectador que lo hubiera contemplado todo desde afuera, habría descubierto en la relación de Celina con los gatos algo fantástico y sugerente, algo susceptible de convertirse en la materia de una historia donde prevalecerían el terror y la seducción de esos ambientes oscuros creados por Edgar Allan Poe. Pero yo... ¿Qué fueron para mí los gatos? ¿Tuvieron algo que ver, realmente, con todo lo que he pasado? Siento cierta humillación como si, a mi pesar, tuviera que aceptar la veracidad de una vieja superstición, de una creencia irracional e inexplicable, de una realidad desconocida.

Y me cuesta trabajo aceptarlo. Tengo que forzarme para volver a pensar en eso que ha estado, sin embargo, tan presente durante tanto tiempo. Lo que me había pasado antes, cuando tuve miedo de que Celina tuviera un amante, lo sentí desde que entró el primero de esos animales en su cuarto. Desde entonces tuve celos. Realmente celos. Tuve celos de los gatos. Y estos celos eran mucho más hirientes; más intolerables. Una ira en-

cerrada y dolorosa me corroía despiadadamente. La verdad es que nunca había sentido algo con tanta realidad y tanta fuerza. Hacía años que estaba viviendo al margen de mí mismo, que miraba con una curiosidad fría lo que pasaba como si yo no pudiera intervenir para nada. Y ahora, de repente...

Nunca he hablado de esto con nadie. Con nadie he tenido intimidad. (¿La tuve acaso con Celina?) Y si la hubiera tenido con alguien ¿a quién hubiera podido decirle?

Supe, con una certidumbre peculiar por la manera que tenía de imponerse sin que yo pudiera ni quisiera evadirla, que Celina me era infiel con los gatos. No tenía con ellos una relación física, no es eso lo que quiero decir. Ni siquiera era tierna, ni los acariciaba constantemente como hacen algunas mujeres, sobre todo si son solteras y han dejado de ser jóvenes. Pero tenía con ellos un acercamiento íntimo, secretamente impúdico. Por primera vez en mi vida comprendí que los animales viven en un mundo propio que nos está vedado, al que no debemos asomarnos. Y Celina lo compartía. Celina vivía en ese mundo. En eso consistía su infidelidad. Celina abandonó mi mundo para encerrarse en otro que me era ajeno, y al que yo no podía ni quería penetrar, un mundo que, lo sé, pudo llegar a ejercer una sombría atracción sobre mí y del que me defendí instintivamente, como lo hace uno cuando está en peligro de perecer. Los gatos le transmitían algo y ella los dejaba hacer, se prestaba, les servía de vehículo, se convertía en portadora de una cosa incua que yo identificaba con el mal, el abismo, la enfermedad y la muerte.

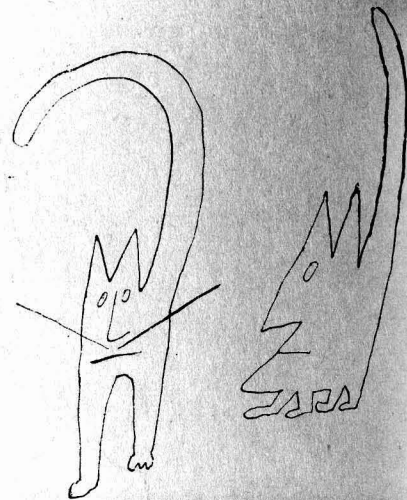
Me siento más tranquilo después de haberlo escrito. Así, viéndolo delante de mí, tiene una verdad más sólida, más irrefutable. Ya no volveré a temer que todo haya sido un invento, una fantasía, un delirio. No volveré a tener miedo de haberme equivocado.

¿Pude haberme equivocado?

He vivido siempre demasiado cerca de las cosas concretas, que se pueden probar, de los procesos donde todo efecto tiene una causa susceptible de determinarse, para dejarme envolver fácilmente por la vaguedad de un sentimiento impreciso y aleatorio. Y sin embargo creo en todo esto y, a la vez, no podría probar nada de lo que presentí, de lo que estoy afirmando. No lo pude probar entonces, hace un año. Hubiera podido probar que Celina no estaba realmente enferma (que no tenía, quiero decir, ninguna enfermedad orgánica) y, en consecuencia, que su enclaustramiento era de un carácter morboso e insano. Pude probar también que no es cosa de todos los días que una mujer normal se encierre en un cuarto con doce gatos, rompiendo los contactos con el mundo, el verdadero mundo, el mundo de afuera. Pude probar eso y quizá internarla en un sanatorio donde el encierro habría sido justificado y aceptado. Pude irme a otra parte, dejar mi clientela, romper los lazos, iniciar una nueva vida. Pude seguir mi vida de siempre, olvidarme de Celina, hacer como si no existiera. Pero no. No pude hacer nada de eso puesto que no lo hice y lo que hice fue una cosa completamente distinta.

Empecé a mandarle anónimos.

No sé muy bien cómo se me ocurrió. Debo haberlo leído en alguna parte. En una época me gustaron las novelas de misterio y me fascinaba ese mundo improbable y a la vez rigurosamente lógico donde, en un momento dado, todos los hilos se reúnen y se estructuran los motivos con la infalibilidad de un diagnóstico.



Era una maquinación infantil, algo que al principio traté de quitarme de la cabeza como una idea intrusa, irracional, vana e inoperante. Era además un propósito innoble que me repugnaba. Algo que no hace la gente respetable y, especialmente que no hace un hombre. Me lo dije mil veces. Eran recursos de mujer, de mujer celosa. Pero el proyecto me excitaba, era un estímulo que me hacía sentirme vivo, capaz de actuar, decidir, tomar la iniciativa.

Por fin envié el primero de aquellos mensajes, a la vez ingenuos y malévolos, que pronto se convirtieron en una necesidad tan cotidiana como la de comer a horas fijas o dar mi consulta de cinco a ocho. El propósito era hacerle creer a Celina que yo tenía una amante, que yo quería a alguien, a alguien que no era ella. Que no gozaba de ningún dominio sobre mí. Que había fracasado.

Día tras día, por todas partes, me perseguía el cuarto de Celina, su penumbra, el orden de los muebles, el cuadro de las tres mujeres con mantilla, las esfinges monstruosamente pequeñas pero, sobre todo ese verde, el verde de las cortinas, del dosal de la cama, de las sillas, el verde que dominaba todo el cuarto, que estaba en la luz, en el aire, en el pelo de los gatos, en la piel de Celina.

Hasta que una mañana, cuando dejaba mi automóvil frente al hospital, mientras cerraba el vidrio de la ventanilla y miraba mecánicamente el asiento de al lado para comprobar que no había olvidado nada, una sola imagen desplazó a todas las demás. El cuarto se me borró por completo, como si fuera un truco de película, y sólo vi el cuerpo de Celina, el cuerpo muerto de Celina extendido sobre el asiento, sobre la cama. Cerré la portezuela de un golpe brusco sobre el cuerpo muerto de Celina, para borrarlo también. Pero siguió allí. Supe entonces que Celina se iba a suicidar. Supe que lo sabía ya, de una manera latente, desde antes. Entendía por qué le estaba mandando los anónimos. Era mi pequeña contribución. Era mi manera, cándida y despiadada, de intervenir desde lejos. Subí de dos en dos los escalones del hospital, muy excitado, como si acabara de dar con la pieza más pequeña, perdediza y a la vez decisiva del rompecabezas, esa pieza que siempre hay, en todos esos juegos, y que es la clave para poder colocar después, rápidamente, las que faltan para formar la figura.

Lo esperé sin ansiedad. No había ninguna duda. No podía ser de otra manera.

No tuve que acostumbrarme a la idea. No había hecho más que salir a la superficie como si, por fin, una semilla soterrada largamente debiera producir una planta impecable y completa.

Entonces empecé a pensar en el cuarto como el lugar donde eso tendría que ocurrir, como la escenografía escogida por Celina para rodear su muerte. No me explicaba, no me explico aún, la presencia de esos muebles clásicos, apolíneos, que representan la lucidez y la transparencia del espíritu, para rodear una ceremonia de oscuridad, ese secreto rito diabólico del suicidio.

Puedo decir que mi vida, desde aquel momento, estuvo pendiente de la muerte de Celina, se alimentó golosamente de ese conocimiento que me bastaba para sentir que lo que me había pasado tomaba finalmente una forma, se cristalizaba alrededor de ese hecho que un día iba a ser inalterable.

Lo demás apenas cambió. Sólo que ya no pude seguir ocupando mi cuarto en la casa de Celina, la habitación separada de la suya sólo por el cuarto de baño. No volví a dormir allí.

Pero iba a verla. Sin ninguna regularidad, al azar, cualquier día, con el vago temor, o deseo, o presentimiento, de ser recibido por Lydia, o por el criado de filipina que siempre me salía al encuentro, ahora con una expresión desarreglada en el rostro, sin saber cómo decirme que la señora, no se sabía cómo, un momento antes...

Nunca imaginé que iba a ser yo mismo, que la casa estaría tan oscuramente silenciosa, tan lejana como si nunca hubiera existido del todo, que subiría las escaleras sin encender ninguna luz, para abrir la puerta de su cuarto pensando encontrarla dormida y tropezar con ese resplandor enrojecido por la pantalla rosa de su mesa de noche, que la colcha la taparía hasta el cuello, menos los brazos desnudos sobre la colcha, sobre la sábana, menos los brazos arañados por los gatos, quizás en un intento de despertarla, de obligarla a acariciarlos, que me iría aproximando para verla más de cerca, por primera vez en tanto tiempo, ya incapaz de tocarla, que sentiría esa ternura extraña y esas ganas de abrazarla, que iba a descolgar mecánicamente el teléfono para llamar a la policía y a sentarme en el chaise-longue, precisamente allí, a esperarlos, que les mostraría el frasco vacío, y los arañazos de los gatos, y les daría mi dirección, esta dirección, poniéndome a sus órdenes, para todo lo que fuera necesario, y la dejaría allí, sola, con ellos.

Nunca imaginé que sería anoche. Ni que hoy, después de anoche, necesitaría escribir todo esto.

¿Podría decir yo, podría decir alguien que fui yo el que mató a Celina?

No estuve allí anoche, antes, quiero decir. No la toqué. No la vi hasta que estuvo muerta. Si yo dijera que la maté nadie me creería. Ellos no me creerían nunca. Ellos, los que estuvieron allí después que yo, los que quizás hayan vuelto ahora, o quizás no vuelvan más, los que no han considerado necesario llamarme, en todo el día, ni preguntarme ninguna otra cosa, ni tomarme en cuenta. Los policías. Ni los demás. Nadie lo creería. Me gustaría estar seguro de que no pueden creerme porque es la verdad y la verdad es siempre demasiado fácil y demasiado simple para ser creída. Pero ¿acaso es la verdad? ¿No es que yo necesito creerlo, engañarme, pensar que fui yo quien destruí a Celina, pensar que por lo menos precipité las cosas, tuve algo que ver, algo, porque si no esa muerte de Celina sería como si ella me hubiera destruido a mí?

Ahora no me queda nada que hacer sino esperar. Aunque no sabría decir qué es lo que puedo esperar.

Algún día iré a la casa y sacaré esos muebles del cuarto de Celina. Pero eso no importa. Ahora ya no importa. ¡No volver a ver a Celina! ¿Cómo podré soportarlo?

Y ahora, después de escribir tantas palabras inútiles, tendré que destruirlas. Porque si hay algo que deba conservarse de todo esto, ese algo debe quedar entre nosotros. Entre Celina y yo. Y los gatos. Esos gatos que vinieron a traer el desorden, o que lo sacaron a la superficie, sí, eso es, porque tengo que reconocer que no introdujeron nada nuevo, nada que no estuviera ya, secreto y larvado, en la naturaleza de Celina. Si había esa fascinación entre Celina y los gatos era porque, como me parece que ya he dicho antes, Celina no hizo más que descubrir en los gatos algo de ella misma que le fascinaba. Celina no hizo más que rodearse de espejos. Pero todo esto debe quedar entre nosotros. Todo esto que tiene cierta belleza. Una belleza que depende tan solo del silencio. Y del olvido.